

## **Eros y Ágape: la rebelión de Yourcenar en *María Magdalena o la salvación*.**

**M<sup>a</sup> del Carmen FERNÁNDEZ DÍAZ**  
Facultad de Humanidades de Lugo  
Universidad de Santiago de Compostela

*En la mujer se hace cada vez más clara y operante la conciencia de la propia dignidad. Sabe ella que no puede ser considerada y tratada como un instrumento; exige ser considerada como persona, en paridad de derechos y obligaciones con el hombre, tanto en el ámbito de la vida doméstica como en el de la pública, Juan XXIII, Pacem in terris.*

Una larguísima tradición cristiana sustenta la idea del ‘ágape’ como amor de caridad, el único perfecto y universal. Y ese ‘ágape’, creado para desacreditar al antiguo ‘eros’ griego, ha separado de manera definitiva las dos facetas del ser humano, la espiritual y la carnal, hasta hacerlas incompatibles en el caso de los religiosos.

La escisión profunda de la personalidad del clérigo, sometido a voto de castidad, o bien a promesa de celibato, ha tenido consecuencias inmediatas en su relación con el sexo femenino, dado que la caridad debida se ha confundido muchas veces con otros sentimientos que también han campado por sus fueros. La dirección de conciencia, la confesión o el simple ejercicio pastoral han sido terrenos pantanosos que la literatura no ha olvidado. A ellos nos referiremos en la primera parte de este artículo.

Pero no hay que olvidar que el modelo religioso se extendió a la sociedad civil y que durante generaciones el cuerpo, fundamentalmente el de la mujer, fue el gran enemigo o en todo caso el gran olvidado. Basándose en los modelos de conducta que propone la literatura francesa y la europea en general, así como en sus conocimientos culturales, Marguerite Yourcenar se atrevió a denunciar la gran falacia de una espiritualidad aislada, sin connotación material alguna. Y, de paso, se cuestionó hasta qué punto la represión secular que el Occidente cristiano ha sufrido, sobre todo en el caso de la mujer, a quien todo atisbo de deseo sexual le fue negado, resultaba justificada.

El sufrimiento de los religiosos estará presente en gran parte de la literatura francesa decimonónica. La imposibilidad de vencer los estereotipos que les habían sido inculcados también, aunque lo que más resalta sin duda es la desgracia que propician en todas aquellas mujeres que, por un motivo u otro, se acercan a ellos. También Your-

M<sup>a</sup> del C. Fernández Díaz

cenar se detiene en este extremo y pone de manifiesto que toda represión, basada en el desconocimiento profundo de las emociones que se dan en la vida diaria, conduce a una visión maniquea, a una reducción simplista de las relaciones humanas a la mera genitalidad, cuando la riqueza interior que las preside desborda plenamente ese esquema, que es producto en todo caso del desconocimiento de aquellos que han renunciado a las leyes naturales de la vida. Al tiempo insiste, ya sea de manera indirecta, en la confusa consideración de la mujer como sujeto activo de tentación por parte de varones que nunca han gozado de una vida personal y familiar plena, y que en palabras de Georges Bataille podría definirse así: *Le parece al amante que sólo el ser amado.. puede realizar en este mundo lo que nos prohíben nuestros propios límites, la plena fusión de dos seres, la continuidad de dos seres discontinuos*<sup>1</sup>.

Infatigable defensora de los derechos del cuerpo, entendido éste como receptáculo incuestionable del espíritu, expone en *María Magdalena o la salvación*<sup>2</sup> la problemática que el Cristianismo ha tejido frente a la conducta desinhibida del ser humano. Valiéndose de la leyenda que le atribuye a la Magdalena el privilegio de haber sido la preferida de Jesús, presenta con absoluto rigor el neto distanciamiento que la religión ha establecido entre los sentidos y su complacencia frente a una espiritualidad desprovista de toda connotación carnal.

Yourcenar se inscribe así en una amplísima tradición literaria francesa de índole claramente anticlerical, desde los *Fabliaux* medievales hasta alguno de los cuentos del *Heptaméron* de Marguerite de Navarre, que denuncian el proceder de los clérigos, más propensos a lo mundano que a su función meramente mística, tendentes a no ver en lo femenino más que la posibilidad de una satisfacción de los instintos y en ningún caso la complementariedad de una comunión estrecha con otro ser, al estarles vedada ésta última por sus propios compromisos.

Con la llegada del Romanticismo y del Realismo, el tema adquiere en Francia y en otros países europeos tintes verdaderamente dramáticos, ya que los escritores denuncian la absoluta soledad del religioso, condenado de por vida a los votos emitidos o bien el lamentable destino de las mujeres que se le acercan, incapaces normalmente de allanar los escrúpulos que se han formado en la mente del clérigo.

---

<sup>1</sup> G. BATAILLE, *L'érotisme*, Paris (Les Editions du Minuit) 1957, p.27.

<sup>2</sup> El relato pertenece a "Fuegos". Hemos seguido el texto francés editado por Gallimard, Paris 1982, en M. YOURCENAR, *Oeuvres Romanesques*. Existe traducción al castellano a cargo de Emma Calatayud: "Fuegos", Madrid (Alfaguara) 1989.

Pocas serán las que adopten el papel contrario y se muestren indiferentes a los requerimientos. Y aun así su fortuna no va a variar demasiado, sufriendo una serie de peripecias y hasta perdiendo la vida por no haber aceptado las insinuaciones o las más que directas palabras que sus directores espirituales, confesores o simples religiosos les dirigen.

Por ser el siglo XIX período propicio, desde el punto de vista literario, para la exposición de este tipo de dramas, vamos a detenernos de manera prolija en la descripción de esas obras, sin perder nunca de vista que la materia del relato de Yourcenar que nos ocupa surge en gran parte de esa herencia literaria, a la que se añade la experiencia que la autora ha podido observar a diario.

Con el Romanticismo y el Realismo, el voto de castidad y el celibato mismo se convertirán en temas espinosos. Siendo el Romanticismo una corriente literaria que propone como modelo el desahogo de las penas humanas a través de un amor grande y divino, el terreno se vuelve necesariamente movedizo cuando la mujer busca en la religión un consuelo o bien cuando el religioso se siente tentado y concibe lo femenino en una perspectiva de endiosamiento que ya no se distingue del simple trato humano.

Tanto la poesía francesa como la prosa pondrán de relieve el tormento del religioso, la negación de su propio ser y a veces su sacrificio supremo, la absoluta renuncia y la perseverancia en unos principios que lo atormentan. Pero también insistirán en el caso contrario, en la derrota de la voluntad tras una lucha feroz. Renegando de su pasado, el clérigo se lanza entonces a lo desconocido, a una aventura nueva por la que está dispuesto incluso a condenarse.

*Jocelyn*, de Lamartine, representa el primero de los prototipos enunciados. Este amplísimo poema de 8000 versos, publicado en 1836, denuncia la imposibilidad del amor humano en un hombre que definitivamente ha renunciado al mundo, aunque haya sido contra sus propios deseos. Jocelyn no escoge su situación de eclesiástico. Le viene impuesta por las circunstancias, pero en su drama personal arrastra a otro ser, incapaz de aceptar el fin del sueño amoroso y la imposibilidad absoluta de una relación que en un principio se había divisado como factible e incluso sólidamente asentada.

A los dieciséis años, Jocelyn estaba muy lejos de pensar en el seminario. Aceptará sólo para que su hermana, que desea casarse, reciba una dote conveniente, la que le correspondería a él. Su madre le inculca ese primer sacrificio. Se inicia así en una senda de renuncias que irán conduciéndolo hacia la desdicha. Durante la etapa revolucio-

M<sup>a</sup> del C. Fernández Díaz

naria en la que tiene lugar el desarrollo de la acción, numerosos seminarios son saqueados y los religiosos corren graves peligros. Jocelyn, temiendo por su vida, se refugia en la montaña. Todavía no se ha hecho clérigo, aunque no reniegue de su formación religiosa.

Un hombre malherido y refugiado en los mismos montes le confía, agonizante, a su hijo Laurence, ya adolescente. Jocelyn no tarda en descubrir que se trata de una muchacha y el amor entre ellos, casto y puro, los conduce a un compromiso que sólo la muerte podría romper. Jocelyn olvida así su primer proyecto y se decide a vivir el amor humano en plenitud. Poco dura no obstante su determinación. El obispo de Grenoble, que lo había protegido en el seminario, está en prisión y lo llama a su lado. Desea confesar antes de ser ejecutado y suplica a Jocelyn que acepte recibir las órdenes sagradas para que sea él quien le administre el sacramento y ese consuelo final. Muy a su pesar, Jocelyn acepta. Su compromiso religioso lo alejará definitivamente de Laurence que, tras un período de vida intensa y disipada en París, morirá asistida por el propio Jocelyn, encargado de administrarle la extremaunción. *El destino de Jocelyn se construye por medio de una sucesión de renunciaciones. No ha habido pecado por su parte, ni siquiera en la época de su amor por Laurence. El personaje es romántico por la pobreza de su familia, que lo conduce a su sacrificio inicial, por el momento en el que descubre el amor y por el determinismo religioso que le obliga a renunciar a la felicidad que se corresponde con su pasión*<sup>3</sup>.

Sin duda alguna, Lamartine se sentía interesado por las misteriosas relaciones entre la carne y el espíritu, tema predilecto de Marguerite Yourcenar, y se cuestionaba de paso la validez de lo terreno frente a una dimensión entrevista como superior, pero a la vez intangible y por ende un tanto diluida. Así lo observamos en otra de sus obras poéticas, *La caída de un ángel* (1838), que da cuenta de la imposible convivencia de lo material y lo espiritual, cuando éste último es entendido como exento de toda concupiscencia y escindido de la vida. El ángel Cedar se enamora de la mortal Daidha. Seducido por la joven, desea convertirse en hombre y es precipitado a la tierra para que conozca el amor y las vicisitudes de los hombres. Pero, ya que ha preferido lo carnal a la felicidad eterna, se le condena a renacer una y otra vez, hasta el fin del mundo, cuando sea capaz de alejarse de lo humano y

---

<sup>3</sup> J. YGAUNIN, *La Femme et le prêtre thème littéraire*, París (A.G. Nizet) 1993, p.34.

reconquistar el reino de los cielos por medio del sufrimiento y el sacrificio.

La lucha del religioso se muestra así como un drama interior en el que se debate. Todo su ser se divide entre dos principios contrarios, uno tendente al amor encarnado y otro que pugna porque prevalezca la imposición de soledad a la que se ha doblegado. Nada más elocuente a este respecto que la obra de Victor Hugo *Nuestra Señora de París* (1831), de la que el propio autor decía que era un drama donde se mezclaba lo bueno y lo malo, lo hermoso y lo feo. Claude Frollo, el clérigo, siente una atracción irresistible por la gitana Esmeralda, sintiéndose dispuesto a renunciar a todo por conseguirlo. Su frustración será enorme al comprobar que su gran batalla interior no ha servido para nada, puesto que Esmeralda no le corresponde.

El personaje de Frollo ha sido juzgado muchas veces de manera simplista y calificado de siniestro y oscuro, de un poco brujo también, por su gusto por la alquimia. No obstante, el autor ha querido dotarlo de una serie de rasgos conmovedores, propios de su teoría de los contrastes, según la cual nadie es absolutamente malvado ni absolutamente inocente. Frollo ha vivido una infancia de desamparo, ha adoptado a Quasimodo, al que nadie aceptaba, ha soportado a un hermano vividor que lo explota y finalmente se ha enamorado. Desde la sombra de los muros de la catedral, desde la oscuridad del claustro ha visto la luz de la plaza y la belleza de lo inesperado, la perfección y la gracia de una adolescente que baila al son de una pandereta. En numerosas ocasiones se ha negado a sí mismo lo que siente. Sólo los celos conseguirán que el amor humano triunfe de manera explícita.

Su situación personal es de pura dependencia, de auténtica esclavitud hacia ese ser que lo ha deslumbrado, pero es consciente del rechazo que inspira. Sus palabras, a este respecto, no dejan lugar a dudas: *Ten piedad de mí, muchacha. ¡Te crees desdichada, pero no sabes lo que es la desgracia. ¡Amar a una mujer! ¡Ser sacerdote!... Amarla con todas las fuerzas de su alma; saberse presto a dar su sangre por la más pequeña de sus sonrisas; su reputación, su salvación, la inmortalidad, la eternidad, esta vida y la otra... No poder ofrecerle sino una miserable sotana de clérigo que le provocará miedo y rechazo*<sup>4</sup>.

Situación sin salida, abocada a la fatalidad y a la desgracia. Rechazo que conduce a la locura, a la aniquilación del otro y a la propia muerte liberadora. Nunca como entonces el alma del sacerdote nos

---

<sup>4</sup> La traducción del texto francés nos pertenece.

M<sup>a</sup> del C. Fernández Díaz

había sido presentada con tanta claridad, con ese ímpetu del que se sabe condenado a un infierno imposible de soportar. Sólo Clarín recogerá con idénticos parámetros ese sufrimiento sin medida en las admirables páginas de *La Regenta* (1885). Ciertamente es que el Magistral ha tenido otras experiencias, que ya conoce la vida antes de su encuentro con Ana Ozores, pero su sorpresa será mayúscula cuando compruebe que sus sentimientos van más allá de lo acostumbrado y que daría un mundo, lo que fuera, por conseguir ese deseo de igualarse a los demás. Saberse rechazado, conocer que otro ocupa el lugar al que aspira provoca la tragedia final y, en todo caso, remueve los pilares de su universo. Sus pensamientos no dejan lugar a dudas: *El, misérrimo cura, ludibrio de hombre disfrazado de anafrodita, él tenía que callar, morderse la lengua, las manos, el alma,... porque él tenía las manos atadas... ¿Quién le tenía sujeto? El mundo entero... Veinte siglos de religión, millones de espíritus ciegos, perezosos, que no veían el absurdo porque no les dolía a ellos, que llamaban grandeza, abnegación, virtud a lo que era suplicio injusto, bárbaro, necio y sobre todo cruel... Cientos de papas, decenas de concilios, miles de pueblos, millones de piedras de catedrales y cruces y conventos..., toda la historia, toda la civilización, un mundo de plomo yacían sobre él, sobre sus brazos, sobre sus piernas, eran sus grilletes*<sup>5</sup>.

La tensión interior de aquel que debe renunciar a la plenitud de la vida conlleva, en el caso del Magistral, renegar de su propio mundo. Es la denuncia, tantas veces repetida, de la inutilidad del sacrificio y muchas veces es también la falta de concreción y el convencimiento de que la sensualidad es el fin último y absolutamente placentero que está vedado. Esa será también la amarga lección del padre Amaro, de Eça de Queiroz, que pone de relieve el absoluto egoísmo del que abusa de sus privilegios y olvida totalmente sus principios.

No obstante, los novelistas franceses expondrán también durante el siglo XIX otras historias paralelas y hasta cierto punto diferentes, las de los religiosos que saben atisbar más allá y comprenden que su renuncia abarca la imposibilidad del afecto y de fundar una familia en reciprocidad de amor. Tal será el caso del abad Mouret, de Zola, y hacia ese extremo apunta también el relato de Marguerite Yourcenar.

El abad Mouret, aquejado de una grave depresión nerviosa y de una amnesia que hace que olvide su pasado de clérigo, es cuidado por Albine, en el entorno envolvente y bucólico de un jardín de rosales en flor. Serge Mouret aprende por vez primera el valor de las caricias, la

---

<sup>5</sup> CLARÍN, *La Regenta*, Madrid (Alianza Editorial) 1975, p.627.

importancia de la ternura y, finalmente, encuentra el árbol de la felicidad bajo cuyas ramas se reconoce finalmente hombre. Es, a todas luces, la felicidad descrita por el *Génesis* antes de la caída. Y es también, poco después, el remordimiento que llega con la recuperación de la memoria.

La mujer, en este caso, se muestra rebelde a toda aceptación de renuncia, *el abad Serge Mouret quiere mostrarle los sufrimientos de Cristo en el camino de la Cruz; ella le responde recordándole la ternura de la que ha disfrutado, el placer de los paseos en común, los crepúsculos en los que fingía dormirse en sus rodillas y él la besaba*<sup>6</sup>. Incapaz de apaciguar los escrúpulos del abad, le deja ir. Víctima de su propio amor, de un deber que no entiende, muere de desesperación. *La Falta del Abad Mouret* (1875) no ha sido seguramente la de haber amado, sino su incapacidad para valorar ese amor, su desprecio por lo humano en aras de un prejuicio que le ha sido inculcado. Zola denuncia con esta obra la problemática del celibato sacerdotal y recuerda uno de los acontecimientos de su época, ya que en 1870, a raíz del Concilio Vaticano I, el padre Hyacinthe Locion, que había predicado durante la Cuaresma en Nuestra Señora de París, abandonó los hábitos, se casó civilmente y se convirtió en padre de familia.

Vemos que la mujer, sea cual sea su relación con el clérigo, siempre sale perdiendo, siempre sufre. Así sucede incluso en la obra de E. Renan, *Le broyeur de lin*, en la que podemos observar a dos personajes, un joven vicario de aspecto triste y resignado, y la hija de un noble bretón de Kermelle. La joven, sin dote, sólo podía ser religiosa. El vicario tiene la ocasión de confesarla cada semana. Consciente de su inferioridad intelectual y de la imposibilidad de una relación, la joven desea ser su criada. El clérigo en esta obra está exento de responsabilidad, no sospecha el amor que ha despertado. Sencillamente cumple con su ministerio y, desprovisto de la suficiente experiencia psicológica, no da importancia a los pequeños detalles que podrían servirle de advertencia. De todos modos, se convierte en fuente de desgracia para la mujer.

En otros casos, cuando presiente o sabe los sentimientos que ha despertado, su actitud siempre se basará en la desconfianza, comparta o no las mismas emociones. Nunca olvida que lo femenino lo aparta de sus obligaciones e, incluso cuando se declara vencido, su percepción puede resumirse en estas frases de Zola, que hemos traducido libremente, y que encontramos en *La falta del abad Mouret*, ya citada:

---

<sup>6</sup> J. YGAUNIN, *op.cit.*, p.129.

M<sup>a</sup> del C. Fernández Díaz

*Veo impuras a esas chicas que persiguen a los jóvenes y vienen a traer ramas y flores en el mes de María. Cuando las veo... me dan ganas de tirarlas al suelo para que confiesen al menos sus villanías antes de tocar el altar. Es una vergüenza soportar que esas mujeres paseen sus faldas tan cerca de las reliquias sagradas.*

La mujer ha de ser un ángel o, en caso contrario, se convierte en auténtico demonio, representación total del placer y del pecado. La dicotomía cuerpo / alma es una noción que el Cristianismo tomó del Platonismo y en último extremo del Orfismo. La renuncia al cuerpo ha conducido a dos corrientes fundamentales e igualmente mutiladoras de la integridad del ser: la ascética y la mística. La religión del amor ha olvidado así la emotividad, el sentimiento, puente de unión entre cuerpo y espíritu.

Sin duda el concepto judeo-cristiano de pecado ha sido uno de los que más mella han hecho en la historia de la evolución ética y social. Y contra ese maniqueísmo denunciado en las obras citadas se alza también el relato de Marguerite Yourcenar *María Magdalena o la salvación* (1936), incluido en la obra *Fuegos*. Su intención es distinguir entre deseo y amor, delimitar ambos conceptos, sin negar su imbricación natural y mostrar a un tiempo la absoluta inoperancia del 'ágape', cuando lo que se ventila es una relación dual y humana, no una solidaridad sin rostro y diluida. Mientras que el amor es sentimiento que busca la reafirmación completa del ego a través de la entrega, el deseo camina por otros cauces. Es pulsión corporal, inconsciente. Por eso el amor puede persistir más allá del deseo y éste último aparecer sin que exista amor. Al tiempo, todo amor desprovisto de erotismo, cuya máxima aspiración sea la de tender hacia la caridad desligada del cuerpo, etérea y descarnada, está abocado al fracaso.

El inicio del relato que nos ocupa presenta la primera fase de la evolución como mujer de Magdalena, su aprendizaje sentimental. El abandono de Juan, su esposo, actúa como detonante de su periplo posterior, al sentirse frustrada y despechada. El amor de Juan por Jesús, su huida, es comparable a la actitud de un anacoreta de cualquier época, tal como hemos visto. Yourcenar no está lejos de Nietzsche. En su *Genealogía de la Moral*, Nietzsche interpreta así el ideal del religioso: *Una vida ascética es una autocontradicción, en ella domina un resentimiento sin igual... contra el mismo florecimiento fisiológico y en especial contra la expresión de éste, contra la belleza, la alegría;*

*en cambio se experimenta y se busca un bienestar en el fracaso, la atrofia, el dolor, la desventura*<sup>7</sup>.

El encuentro de Magdalena con Jesús echará por tierra su pasado de cortesana, no obstante una parte de su ser permanece insatisfecho porque ese amor incondicional que le ofrece no se verá compensado más que en un plano etéreo y diluido. De ahí sus quejas: *Mis amantes de otro tiempo se acostaban sobre mi cuerpo sin preocuparse de mi alma, mi celeste amigo del corazón sólo se preocupó de recalentar este alma eterna, de manera que una mitad de mí misma no ha dejado de sufrir.*

El relato de Yourcenar es una denuncia de la manera artificial de vivir que impone el celibato y de los daños que causa a quien lo sigue y a quien lo padece. Más de una vez se ha insistido en este aspecto y se ha destacado que *la castidad no es, como suele creerse la antípoda del deseo, sino una metamorfosis de la libido... El casto esconde un deseo violentísimo que lo satisface en el pensamiento, o es asceta que lo domina o reprime voluntariamente. Entonces la castidad puede ser liberación de la pasión del deseo o de su exceso desmedido, dándose la paradoja en el cristiano de que la lujuria aparece con la castidad*<sup>8</sup>.

*María Magdalena o la salvación* es una queja, una rebelión apenas ahogada y asumida, una abnegación altiva frente al incomprensible 'silencio' de Jesús. Magdalena guardará siempre un principio de rebeldía, una mínima libertad para reivindicar que cuerpo y alma no son dos, sino uno, que nadie puede elevarse sin dolor y que todo aquello que implica renuncia sólo acarrea sufrimiento. Asistimos de este modo al intento de unificar las dos caras del hombre, de edificar un humanismo a su medida, de aceptar que en la limitación radica su grandeza.

Para Yourcenar, el placer sólo es un instrumento, un medio que indica el camino hacia la Totalidad. El Tantrismo, que tan bien conocía, sacraliza la unión erótica que el Occidente cristiano desprecia. Para ella está claro que el concepto de pecado que ha quedado en el subconsciente colectivo es consecuencia de la moral imperante. Conocedora de otras culturas, no cejará en su empeño por liberar al ser humano de ese lastre.

El texto de Yourcenar constituye además un claro alegato a favor de la mujer, de su sensualidad y de sus derechos que tantas veces le

---

<sup>7</sup> F. NIETZSCHE, *La genealogía de la moral*, Madrid (Alianza Editorial) 1990, p.137.

<sup>8</sup> C. GURMENDEZ, *Tratado de las pasiones*, Madrid (Fondo de Cultura Económica) 1885, p..223.

han sido negados. Tradicionalmente la mujer fue encasillada en una de estas tres categorías: virgen, esposa o prostituta, según fuese asexuada, de un único hombre o de varios. En todo caso, siempre fue definida por su sexualidad. El hecho de que Magdalena exprese su insatisfacción y la compare con su promiscuidad anterior viene a decirnos que en el término medio está la virtud y que no es conveniente caer en la mojigatería ni mucho menos en su extremo contrario.

Evidentemente, la reivindicación de una sexualidad femenina sana, natural y legítima chocaba de lleno con los presupuestos religiosos, que habían impedido todo atisbo de goce sexual en el género femenino. No debemos olvidar a este respecto que Yourcenar se alejó definitivamente del catolicismo desde antes de la confirmación y que no *sobrepasó nunca la fase de la indolente aceptación infantil*<sup>9</sup>. Confesó, no obstante, que *la emoción cristiana persistió por largo tiempo en ella, a pesar del rechazo de los dogmas y prohibiciones cristianas, que atribuye a un inevitable alejamiento con respecto a un medio en el que había visto con demasiada claridad sus insuficiencias y debilidades*<sup>10</sup>. Bajo esta perspectiva, resultaba prácticamente inevitable su denuncia de la idea de pecado centrada en el sexo que preside la moral cristiana. Mucho más libre que sus predecesores, dotada de mayores premisas culturales y del avance social que se produjo en el siglo XX<sup>11</sup>, Yourcenar pone el dedo en la llaga y hace que sangre, destapa de manera chirriante lo que durante tantos siglos acarreó sufrimiento, burla o desconfianza. Según sus propias palabras, veía en el monoteísmo un peligro de fanatismo y atisbaba un mundo en el que el hombre tuviese todavía algo que decir, algún mérito, no un sometimiento ciego a los dictámenes de los credos religiosos.

La ausencia de idea de pecado ligado al erotismo, tan presente en su obra, hace que la supuesta ‘falta’ sea vista como una manifestación

---

<sup>9</sup> J. SAVIGNEAU, *Marguerite Yourcenar. La invención de una vida*, Madrid (Alfaguara) 1991, p.434.

<sup>10</sup> M. GOSLAR, “Essai de définition de Marguerite Yourcenar au sacré à travers son oeuvre”, *Actes du Colloque de Bruxelles, 26-28 mars 1992*, Tours (S.I.E.Y.), p.97.

<sup>11</sup> En palabras de Anthony GIDDENS, *La revolución sexual de los pasados treinta o cuarenta años no es justamente, ni siquiera primordialmente, un avance en la permisividad sexual neutral en lo que concierne a los papeles sociales de cada sexo... es la revolución en la autonomía sexual femenina, producida básicamente en esta época, pero con antecedentes en el siglo pasado. Sus consecuencias para la sexualidad masculina son profundas, por eso se puede decir que es en gran parte una revolución inacabada*, en *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid (Cátedra) 1992, p.36.

necesaria y natural. Y ya que es natural, tampoco conlleva trasgresión ni necesidad alguna de arrepentimiento. Magdalena reivindica hasta el final el valor del cuerpo, de la sexualidad, y pone en entredicho el celibato, la castidad, y sus funestas consecuencias. Interpela de este modo a la conciencia social, pone en duda el valor de la ética imperante, plantea preguntas, resitúa la escala de valores y abre la vía a una comprensión integradora de la persona mostrando que ninguna moral es fortuita, sino producto de arquetipos que deben ser revisados. Todo ello, puesto en boca de una mujer, resulta si cabe más subversivo.

Los conceptos de falta y de remisión ceden el paso a otros más elevados, que se cifran en la caridad y la aceptación. El bien y el mal son puestos en tela de juicio y toda esa reflexión, expresada de manera alegórica, se inserta en una rehabilitación neorrenacentista del ser humano, y más en concreto de la mujer, en un intento de superación de antiquísimos estigmas que han mortificado la conciencia de más de uno.